



IVÁN era un estudiante. Por eso, por ser estudiante y más que nada por ser ruso, Iván era un rebelde. Y como rebelde y por estudiante y por ruso, Iván vestía pobremente. Y era triste. Todos los estudiantes, cuando son rebeldes, y visten mal o son rusos, tienen fatalmente que ser tristes. En invierno Iván sentía que por los zapatos deshechos se le colaba el frío en forma de punzada que dejaba en sus pies sucios huellas rojizas. Y sentía también como por el cerebro se le colaba en forma de conceptos precisos la rebeldía de los libros.

Y nuestro héroe era un poeta. No había escrito jamás versos, pero era un poeta. Conocía la poesía sutil y enigmática de no hacer nada y de pensar en realizando todo. Hasta la revolución, en la cual tomó parte, le había sorprendido. Su rebeldía fué siempre tan romántica que jamás pensó en serio en que la cabeza aristocrática y decorada por una barba recortada de un Czar, cayera como venganza del pueblo oprimido en un clamor magnifico y rojo que llevó temblores de tragedia a las estepas nevadas.

Y como Iván era poeta, era un hombre enamorado. Amaba, en verdad, más a la Mujer que a la Revolución. Y para él la Mujer se llamaba Olga. Cualquier mujer en Rusia se llama Olga. De ahí que la novia de Iván fuera una mujer vulgar. Vulgar como el propio Iván que era ruso, estudiante y pobre. De estas tres cosas la menos corriente es ser ruso. Y hay en el mundo muchos millones de hombres que lo son.

Pues bien, Iván, que era revolucionario, difería de Olga. La novia del estudiante era conservadora. Todas las mujeres son un poco conservadoras y defensoras del Capital. Aman más el lujo que el trabajo. Y hacen bien. A los hombres, al mismo Iván, le ocurría, les pasa lo mismo. Pero no lo dicen. Es que son más inteligentes.

Pues bien, un día Iván habló a Olga de los días magníficos del rojo advenimiento de la igualdad humana. No quiero—dijo—ser rico. La propiedad es un robo y la ganancia es un crimen. No, no quiero sino que todos seamos pobres. Tú y yo. También el Czar. Y todos los hombres.

—¿Entonces—preguntó Olga que era rubia y tenía los ojos azules—todas vestiremos de seda, con pieles y joyas?

—No, para ese día blanco y maravilloso de fraternidad todas llevarán toscos sayales de paño. La Czarina igual que tú.

—¿Y tú trabajas por eso?

—Si—dijo Iván, con esa firmeza triste de los rusos. sean o no estudiantes.

—Pues yo no me caso con un hombre que me anuncia pobreza. Si no trabajas para hacerte rico, aléjate de mí. No te quiero. No te puedo querer así.

—Está bien—respondió Iván el estudiante.

Y se fué por el camino todo blanco que se hacía azuloso de luna. Y así, caminando, lentamente, con la cabeza baja llegó al puente. Sintió entonces que el frío se le adentraba en el cuerpo por los pies. Y sintió que el rostro se le quemaba. Era una lágrima que se había helado. Parecía una perla. O un garbanzo. Iván se la arrancó de la mejilla. Se asomó al puente y vió el río blanco. Dejó caer la lágrima. Dió varios pasos siempre con la cabeza baja.

Ante él el abismo se abría tentador como un consuelo. Allí podría olvidar a Olga. Y entonces, Iván, loco de decepciones y lleno de tristeza... cruzó el puente y se fué a su casa.

Esta es la triste historia de Iván el estudiante ruso que era pobre, tenía frío y estaba enamorado de una joven rubia que se llamaba Olga.